

La filosofía de Borges de Juan Nuño, demuestran la fluidez del discurso ensayístico del autor, así como también el amplio espectro de sus lecturas.

Con las entrevistas a Severo Sarduy y Bernardo Atxaga concluye este itinerario crítico, muestra de un trabajo escritural que fluye libremente sin dejar de lado el rigor del cual Guerrero hace alarde de este interesante y amplio recorrido literario.

Carmen Virginia Carrillo

Alberto Hernández

Intentos y el exilio.

Mérida, Mucuglifo, 1996. (Col. Casa de Asterión).

La máscara, en este caso el mar o la llanura, es un pretexto para el poeta decir la otra orilla, la del nombre que construye y deshabet a través de la palabra agazapada en la memoria, «oculta en baúles y piedras».

El regreso de las voces escapadas a la muerte, el paisaje en los rostros, los papeles, el naufragio, los retratos, conforman una cosmovisión de la voz que anda y desanda en la página. La palabra es un tránsito como el hombre y en el origen de todo no hay sino polvo. El texto establece un vaso comunicante entre el camino de la escritura y el de las escapatorias, el de la sombra de la fuga o del sueño. Una voz habla desde donde no está.

La ciudad, la casa, son lugares donde reposan los secretos del naufragio, los misterios de la familia, las negaciones y las palabras. La infancia llega así con la memoria, más grande que

la realidad, entonces los niños corren como las cabras con la historia de grumetes y barcos contada por el padre desplazándola por la tierra de sus juegos. La narración del naufragio es el cuento de un sueño o una memoria desleída. Las manos, los deseos y las dudas son ocupadas por las voces del silencio o por los muertos.

Esta escritura conserva una unidad temática. Hay elementos narrativos que se definen a partir de la prosa poética, recurso válido para vislumbrar un sueño que parece contar una historia o una historia que se exilia. Frases como: «Callamos y volvemos siempre / a los mismos lugares/», «Soy de este lugar de silencios», «No diré una sola palabra mientras viva», «Tres somos los mismos / salimos del silencio», «Detrás de las imágenes una campana convoca al silencio». Todo aquí es pretexto para el olvido, como si el silencio arrojara la imaginación que recrea lugares y situaciones que antes fueron fuga de los ojos, alejamiento hacia colores dejados atrás y puertas cerradas en un espacio donde el yo poético sobra.

Es recurrente la temática del naufragio que es la historia del padre entrecruzada con la del yo, «No duermo por lo redondo de la angustia», y retoma la pértiga del viejo marino como el pájaro, «asido a la mudez / pronuncia llegada y despedida». Pero la pérdida en el mar es también la expatriación del cuerpo, las indagaciones de una brújula que no acierta el lugar.

«Vivo de cuerpo ausente

Desde esta página, la que finaliza y no tiene voz,
busco la dirección de una búsqueda inútil.

Sin embargo,
me instalaré en este sitio».

¿En cuál sitio? ¿La página acaso? ¿Esa sombra que resta después del tránsito? La probabilidad espolea una ciudad inexistente, una casa de la imaginaria, una hendidura para des-

concertar la otra orilla y los recuerdos... pasan. Huele a rancio de viejo y de muerte, de exilios y fugas.

Pero las palabras también son intemperie:

«Tantas veces
me han deshabitado
no tengo
sitio
para ocultarme»

La ventana no es el cuadro que se adelanta a la imaginación, es la imaginación misma, un emplazamiento fortuito para «volver a Dios». Parece que la omnipresencia de la divinidad sujetara esta desmemoria del mar, del río, de los caballos, de los senos de Victoria, del padre. Es el regreso, la historia circular se cierra como una puerta y un gato vigila los intentos de fuga de un largo sueño.

La emoción estética transcendida de los versos leídos se genera en el lúcido empleo de los recursos poéticos y en el tratamiento del lenguaje que le dan luminosidad interior y definen el estilo del autor: El trabajo intelectual de la frase elimina la anécdota fácil y desecha la adjetivación innecesaria que resulta olorosa al momento pero insípida a través del tiempo.

El poeta rescata la palabra cotidiana, la rutina de la llaga íntima, la coloración del alma y la disonancia de los lugares y recuerdos. Todo le sugiere estimar un espacio entre sueños y vigilia, entre escapatorias y posibilidades.

La frase se tiende como un arco, limpia y sin rebuscamientos, en un silencio que se mira en el silencio que se cuenta. No pregunta pero alguien responde, aunque sea la soledad. Está quieta pero no inmóvil, calla pero tiene proyectos.

La metáfora se construye en base a la elipsis, al conocimiento exacto y preciso de la palabra y a la catadura de su economía.

En los ojos, la noche comienza a entenderse con los sueños de la otra orilla y esa poesía se afinsa en la página que es el lugar donde hace sombra y se proyecta.

Magaly Salazar Sanabria

<p>Jesús Morín Contravoces Caracas, Umbra Editores, 1997</p>

I

¿Con quién se amiga la voz en medio del griterío, de la sangre rítmica en la agonía de un gallo? Sólo el que tiene heridas cercanas a la muerte entiende el silencio en los ojos de un animal que acaba de repetir la puñalada, rodeado de un coro febril, empujado a un sacrificio antiquísimo, que sólo atiende a un deseo de superar la muerte y entenderla desde otra voz que sabe dónde estuvo mientras el cuerpo solitario tiembla sobre la cuerda o bajo las miradas de una noche de espera, porque la muerte, atizada por la algarabía, regresa siempre armada de espuelas, pico y plumaje de diversos mensajes.

II

Una voz completa la otra. Una herida se abre para fundar una más honda —el eco en viejo castellano— que recrea el dolor del animal fabulado por la sangre.

«Están aquí con la quemadura/ en la sangre / en el tañido de la apuesta / solos / al acecho/ golpeando graznido de la tarde».